



El Hierro

UN LATIDO DE LAVA

UN 'ROADTRIP' POR EL ENCLAVE QUE FUE FIN DEL MUNDO Y QUE HOY ES PRINCIPIO DE TODO. LA ISLA MÁS JOVEN Y MISTERIOSA DEL ARCHIPIÉLAGO CANARIO SIGUE CAMBIANDO

Texto y fotos: Alicia Aragón y Turismo de El Hierro

Dicen que la isla de El Hierro es una isla con alma. La combinación de su ambiente único, su gente acogedora y su fuerte identidad hace que el rincón más occidental, pequeño y meridional del archipiélago se disfrute conduciendo sin prisas, enlazando carreteras que suben y bajan de forma casi teatral.

Llegar a El Hierro por mar tiene algo de ceremonia iniciática. El ferry atraca en el Puerto de la Estaca tras dejar atrás Tenerife, y la isla aparece compacta, abrupta, verde y negra, como si

aún no hubiera decidido en qué época geológica quiere quedarse. También es posible llegar en avión desde Tenerife o Gran Canaria y alquilar un coche en el pequeño aeropuerto de Los Cangrejos, una opción práctica, pero menos narrativa. En todo caso, desde el principio se entiende que el tiempo funciona de otra manera. La ruta invita a ascender hacia Valverde, una capital discreta y funcional, más administrativa que monumental, pero imprescindible para tomarle el pulso cotidiano a la isla. En Valverde, el 'roadtrip' puede organizarse como un gran círculo que recorre los tres municipios herreños: Valverde, Frontera y El Pinar.

La primera gran parada llega pronto, en el Mirador de la Peña, una obra de César Manrique que no impone su firma, sino que se funde con el paisaje. Desde esta balconada natural, el Valle de El Golfo se despliega como una enorme cicatriz verde abierta al Atlántico, una imagen que justifica por sí sola el viaje. La carretera desciende en curvas hacia Frontera, atravesando zonas de cultivo, higueras y viñedos,

hasta llegar al corazón agrícola de la isla.

El Golfo es también territorio de charcos y piscinas naturales. La Maceta, con sus plataformas volcánicas y piscinas acondicionadas, es quizá la más conocida y accesible, perfecta para entender cómo la isla se baña en el océano sin domesticarlo del todo. Al norte, Charco Manso ofrece una experiencia más íntima, entre coladas de lava y con una energía casi primitiva. Y cuando el mar lo permite, el Charco Azul despliega su geometría cambiante, recordando que aquí la naturaleza nunca garantiza nada, pero siempre recompensa al viajero atento.

Susurro volcánico

El terrero de lucha de Frontera aparece como un icono cultural inesperado. Fundamental para entender la lucha canaria, se hizo además reconocible gracias a la serie *Hierro*. Continuando hacia la costa occidental se llega a Punta Grande, donde se encuentra el que durante años fue considerado el hotel más pequeño del mundo. No es tanto un lugar para dormir como un símbolo de una forma de entender el turismo a escala humana. Otro icono es la silueta retorcida de la Sabina, vencida por los vientos alisios, pero nunca derrotada. Contemplar este árbol despeinado de forma imposible es una lección visual sobre la adaptación y la resistencia, dos conceptos que atraviesan su historia.



Guinea: el eco de los bimbaches

El Ecomuseo de Guinea es esencial para comprender la dimensión más profunda de la isla. El conjunto recrea un antiguo poblado bimbache y el tour comienza con un recorrido por un 'tubo volcánico de la mano de un guía que describirá la historia del descubrimiento de esta joya pétreo. El poblado está compuesto por viviendas de diferentes periodos históricos, lo que revela el estilo de vida de sus habitantes a lo largo del tiempo hasta que la zona se abandonó en la primera mitad del siglo XX.

Este singular museo también alberga el centro de recuperación del lagarto gigante de El Hierro, especie endémica que se creyó extinguida y cuya supervivencia es uno de los mayores logros de conservación del archipiélago. La historia del lagarto, reintroducido desde el Roque Chico de Salmor, es también la de una isla que ha aprendido a proteger lo que la hace única sin convertirlo en espectáculo. Salir de Guinea es abandonar un museo y comprender que El Hierro no se recorre únicamente con un mapa, sino con una mirada atenta a los equilibrios frágiles que sostienen su identidad.

Una isla que se entiende mejor desde el volante, enlazando miradores, charcos, pueblos y silencios

El recorrido continúa hacia el sur, cruzando el altiplano central y descendiendo hacia El Pinar, donde pinares abiertos y coladas recientes dan la sensación de frontera geológica permanente. Desde esta zona se accede a algunas de las playas más singulares, como Tacorón, con su arena volcánica y sus aguas claras, o la espectacular, aunque peligrosa, Verodal, donde el océano impone respeto y recuerda que no todos los paisajes están pensados para ser conquistados. Más al sur aún, La Restinga marca el final de la carretera y el inicio del Mar de

las Calmas, un lugar perfecto para los amantes del buceo.

El viaje concluye regresando al punto de partida, con la sensación de haber recorrido una isla que no se entrega de inmediato, pero que deja huella. El Hierro no compite por grandilocuencia ni titulares, sino por coherencia y se explica mejor desde el volante, enlazando miradores, charcos, pueblos y silencios, y que demuestra que viajar puede seguir siendo un ejercicio de observación, respeto y descubrimiento pausado cuando a la naturaleza se le permite hablarnos en voz baja.